

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1877.

Cuaderno 53.

HISTORIA

DE LAS PERSECUCIONES

HEHEHHA FOR NA HEHEHA CAJOLIA

HISSE H PERDOR DE PERE HET AGHIE

ON THE HISTORY OF THE...
THE HISTORY OF THE...
THE HISTORY OF THE...
THE HISTORY OF THE...
THE HISTORY OF THE...
THE HISTORY OF THE...
THE HISTORY OF THE...
THE HISTORY OF THE...
THE HISTORY OF THE...
THE HISTORY OF THE...

HEHEHA FOR NA HEHEHA CAJOLIA

CON LA HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

TODAS LAS PERSECUCIONES



BARCELONA

IMPRIMTA Y LIBRERIA BELLOSIA Y GIBERTINOVA

DEL TERRITORIO DE LA RIBERA

1877

Quedando en...

Poco trabajo le costó á Estilicon asegurarse el poder militar, siendo él quien se encontró frente á frente del invasor Alarico, á quien derrotó cerca de Polencia el año 403, apoderándose de la esposa del jefe enemigo.

Tres años más tarde empieza una asombrosa invasion compuesta de una gran columna de bárbaros de todas las naciones al mando de su jefe Radagaso. Estilicon organiza rápidamente un ejército compuesto de alanos que le eran adictos, de esclavos á quienes promete la libertad y dos piezas de oro, de godos y hunos al mando de jefes aventureros, logra encerrar á los bárbaros entre fuertes muros de circunvalacion y los destruye en poco tiempo, alcanzando el hambre lo que no obtenía el hierro. Radagaso es decapitado y sus hombres vendidos como esclavos á vil precio.



CARLO MAGNO EN LAS ESCUELAS.

Entre tanto, una nube de vándalos, de suevos, de alanos, de alemanes y de borgoñones iba derramándose por todas las Galias.

Los bárbaros penetran por asalto en Maguncia, saquean la poblacion y degüellan allí millares de cristianos, con Aureo, su obispo.

El ejército invasor, compuesto mitad de idólatras y mitad de arianos, inmola multitud de mártires.

La ciudad de Reims se vió amenazada por aquellas hordas, que se presentaban á las puertas de la poblacion cubiertas con la sangre de los francos. Ocupaba aquella sede episcopal san Nicasio, una de las ilustraciones de la Iglesia.

El celoso Obispo recomienda á sus fieles la plegaria y la resignacion.

Los vándalós van á poner cerco á Reims. Muchos de sus habitantes emprenden la fuga y aconsejan á Nicasio que abandone una ciudad donde ya nada hay que hacer, supuesto que se juzga imposible resistir á la invasion vandálica. Nicasio contesta que en Reims, á él, como

obispo, aún le queda que hacer algo, y es prestar los auxilios de su ministerio á los defensores de la poblacion y morir sepultado despues en sus ruinas.

Largo y penoso fué el sitio. Nicasio, sin darse momento de reposo, acude á todas partes donde hay un consuelo que proporcionar, una desgracia que socorrer, un moribundo á quien abrir las puertas del cielo. Se le ve, ora enterrando los cadáveres, ora curando á los heridos, ora predicando á los fieles el que sepan hacer, cuando llegue la hora, el sacrificio voluntario de su vida en aras de su deber y de su fe.

Despues de desesperada resistencia, los bárbaros penetran en Reims sedientos de saqueo y de sangre.

Nicasio reúne á todos los que puede en el templo y les enseña cómo un cristiano debe hacer la inmolation de su vida. Luégo, puesto de rodillas, dirige al cielo una ferviente plegaria, y cuando los bárbaros se hallan ya en el umbral del templo, Nicasio sale al encuentro de los feroces vencedores hablándoles de paz y de gracia; pero su súplica se pierde en el murmullo de burlas y de insultos que se le dirige. Aquellas fieras, aplastándole la cabeza, le dejan cadáver en el portal mismo del lugar sagrado el 14 de diciembre del 407.

Consérvase todavía el glorioso recuerdo de su muerte en uno de los monumentos más magníficos del arte católico; en aquella epopeya de piedra que se llama la catedral de Reims y que basta por sí sola para inmortalizar el genio de Roberto de Coucy.

En Besanzon el obispo Antidio es muerto de una manera cruel.

Es san Jerónimo mismo quien nos manifiesta que al pensar en la salvacion de Tolosa por intervencion del obispo Exuperio, las lágrimas le vienen á los ojos. ¿Quién era Exuperio? Nos lo dice tambien san Jerónimo. Era un hombre que sufría hambre para librar de ella á los demas, que sentía su corazon torturado en presencia de las privaciones de sus semejantes. Por su caridad agotó todo cuanto tenía, hasta el punto de verse precisado á guardar el cuerpo de nuestro Señor JESUCRISTO en un cesto de mimbres y la Sangre preciosísima en un vaso de barro. Era una caridad tal la de Exuperio, que no se limitaba á las fronteras de su diócesis, sino que se extendía á la otra parte de los mares. Teniendo noticia de que los solitarios de Egipto sufrían mucho á consecuencia de una dilatada esterilidad de la tierra, vendió el último de sus muebles para socorrer á aquellos servidores de Dios, y el dinero que produjo la venta de su ajuar lo mandó á aquellas lejanas regiones por conducto del monje Sisinno, á quien encontró san Jerónimo, quien al venir en conocimiento del hecho, concibió el propósito de dar publicidad á un rasgo tan heroico de abnegacion cristiana.

Tolosa, sitiada por aquellas hordas, debió su salvacion á san Exuperio.

Estilicon, que hasta entónces lograba contener aquel torrente de barbarie, acabó por hacerse sospechoso al Emperador, y murió asesinado por un oficial de palacio.

Á consecuencia de este acontecimiento, reúnen treinta mil mercenarios sedientos de venganza, y piden á Alarico que vaya á ponerse á su cabeza.

El rey godo no deseaba otra cosa.

Algun tiempo despues cien mil hombres vestidos de pieles de fiera, ondeando sobre sus espaldas sus largos cabellos, armados de flechas, venidos los unos de los desiertos de la Escitia, los otros de las heladas márgenes del Elba, los otros de los bosques de la Germania, ponían cerco á la altiva ciudad de los Césares.

Era una gran vergüenza para Roma el verse sitiada por aquellas hordas de bárbaros, cuyos vestidos salvajes, ruda actitud y feroz fisonomía ofrecía extraño contraste con el puro cielo de la Italia, con aquellas riberas del Tiber sembradas de flores, con aquellos monumentos riquísimos, obra del genio de una célebre civilizacion. «El hijo del invierno contemplaba allí con expresion de placer aquellos días hermosos por un sol brillante, aquel cielo espléndido teñido constantemente de suavísimo azul; sentía por vez primera el perfume de las rosas y saboreaba el zumo de las uvas pendientes de la vid (1).»

(1) Gray.

Alarico, que descendía de la noble raza de los Balti, era un hombre de baja estatura, vestido y armado lo mismo que el último de sus guerreros, y en cuya centelleante mirada se leía á la vez la superioridad del héroe y el furor del salvaje.

Roma por su esplendor, por su lujo era aún la ciudad reina. Contaba más de ciento diez y siete palacios deslumbrantes de esplendidez, pequeñas ciudades en el seno de la gran ciudad, como dice el poeta, tenía en su recinto una población de ciento doce mil habitantes; y sin embargo, Roma, en vez de defenderse, se entretiene en levantar motines que manifiestan su desorganización interior. Aquellos romanos empiezan por destrozarse á sí mismos, señal segura de que serán destrozados por las tropas enemigas tan pronto como éstas lo resuelvan. Aquel pueblo, que no sabe pedir armas para defender la patria, sabe pedir en cambio la cabeza de una mujer, y un Senado cobarde pone el colmo á su degradación entregando al pueblo á Serena, la viuda de Estilicon.

Aquel pueblo, en lugar de ejercitarse en el manejo de las armas, llama á magos toscanos para que por medio de sortilegios atraigan el rayo que aniquile á los bárbaros sitiadores; pero el rayo no deja ver su siniestra luz.

Los hijos de la Roma de los Césares forman una diputación que vaya á arrodillarse á los pies de Alarico y le diga qué es lo que quiere.

—*Cuanto más la yerba se corta mejor siega la hoz*, responde Alarico; y reclama todo el oro y plata de los romanos.

En tiempo de Camilo, Roma pudo decir á Breno: Para pagar á los bárbaros, los romanos no tienen oro; no tienen más que el hierro de sus lanzas. Esta vez Roma compra con oro la paz á su enemigo.

Fué una paz bien efímera. Un año después Alarico volvía á estar junto á las murallas de la gran capital.

—Siento dentro de mí algo que me impele á saquear á Roma, exclamaba aquel hombre destinado por la justicia providencial á consumir la ruina del imperio.

Alarico logra que Honorio sea destituido, y por conducto del Senado, éste deja caer la púrpura imperial, ya harto destrozada, sobre las espaldas de un senador oscuro que se llama Atalo, hombre medio ariano, medio idólatra.

Más tarde, á consecuencia de una expedición contra el Africa mal dirigida por Atalo, Roma se cansa de Atalo y de Alarico, y niega á éste la entrada en la ciudad.

Ya Alarico no atiende más que á su sed de venganza. Dirígese á Roma, pero resuelto á acabar de una vez (agosto del 410).

—Robad, violad, dice Alarico á los saqueadores, no respetéis sino las gentes sin armas y los templos; porque yo no vengo á hacer la guerra á los apóstoles, sino á los romanos.

En una casa que está contigua á un templo cristiano, un jefe godo encuentra á una virgen consagrada á Dios, de edad ya algo avanzada. El bárbaro le reclama que le entregue sus riquezas, si las tiene. La venerable mujer responde que tiene riquezas efectivamente, y que se las va á enseñar. Inmediatamente pone á su vista multitud de vasos que por su valor y su hermosura deslumbran al godo.

—Son, dice la cristiana, vasos consagrados en el altar de San Pedro; tomadlos, si os atrevéis; vos me responderéis de ellos.

El bárbaro, haciendo una respetuosa inclinación de cabeza ante aquel tesoro, va á referir á Alarico lo que le ha sucedido, el cual manda que los vasos sagrados sean conducidos á la basílica de San Pedro junto con la piadosa mujer y todos los cristianos que quieran seguirla. Para ir desde la casa á la basílica hacía preciso atravesar toda la ciudad. Contrastando con tantos espectáculos de barbarie, aquel día Roma presenció una imponente procesión. Los vasos sagrados fueron conducidos públicamente entre dos filas de godos que los custodiaban ostentando en la mano aquellas espadas que ántes sacrificaran tantas víctimas.

¿Cómo se explica este respeto á las cosas y á las personas religiosas? Hacia la mitad del

siglo III habían sido iniciados en el Cristianismo por los cautivos que ellos se llevaron á la otra parte del Danubio, haciéndose arianos en 370. Había, pues, en ellos algo de Cristianismo, y hé aquí por que, conforme refiere san Agustin en su *Ciudad de Dios*, se les ve ofrecer en la basílica de San Pedro vasos llenos de oro, obsequiando así al Príncipe de los Apóstoles.

Pero los hunos y los germanos, que no conocían el Cristianismo, se entregaron á toda clase de excesos, ayudándoles en su obra de devastacion cuarenta mil esclavos que se hallaban al servicio de la nobleza romana.

Era aquello el juicio final de una civilizacion harto culpable.

El incendio devoraba los palacios, los monumentos, las obras de arte. Las estatuas de los dioses ó de los emperadores eran, ó destrozadas, ó fundidas; los cautivos que escapaban de la tortura se veían conducidos al mercado de esclavos; cuantos se resistían eran inmolados sin piedad.

San Jerónimo, desde el fondo de su retiro de Betlehem, escribía con caracteres de fuego el epitafio de la culpable ciudad.

«Moab fué tomada de noche, y de noche cayeron sus murallas. Señor, las naciones penetraron en vuestra heredad; mancharon vuestro templo santo... arrojaron los cuerpos de vuestros santos para que sirvieran de pasto á las aves del cielo; dieron su carne á las bestias de la tierra; derramaron su sangre como agua en torno de Jerusalem, y nadie había para enterrar sus cadáveres... Roma, sitiada, saqueada, devastada por el hierro y el fuego, está convertida en sepulcro de sus hijos; apagóse la luz del universo, cayó la cabeza del imperio romano, la tierra culpable ha sido aplastada en una ciudad.» Cita despues los versos de Virgilio, pintando el incendio y la caída de Troya. Acababa de cumplirse la profecía de san Juan; había caído la soberbia Babilonia, porque todas las naciones se habían embriagado en el vino de su prostitucion, todos los reyes se habían hundido con ella en un abismo de fango y sangre, los mercaderes de toda la tierra se habían enriquecido con las dilapidaciones de su escandalosa fastuosidad.

Multitud de vírgenes consagradas al Señor fueron ultrajadas en el templo mismo. «No importa, exclama san Agustin; el cuerpo sale victorioso de todo atentado criminal cuando al alma no se mancha con un consentimiento impuro. La castidad de corazon es de tan gran precio que, si permanece intacta, el cuerpo conserva su perfecta pureza, á pesar del triunfo obtenido por la brutalidad (1).»

Proba, viuda de un prefecto, perteneciente á una ilustre y antigua familia, habiendo podido salvarse amparándose en una barquilla en el Tiber, viendo á tantos semejantes suyos desnudos, sin hogar, vendió el cuantioso patrimonio que poseía en África, distribuyéndolo todo entre sus hermanos de infortunio.

Vivía en el monte Aventino la virtuosa Marcela, entregada á la oracion y al estudio de la santa Escritura, junto con una hija de singular belleza llamada Principio. Penetran allí los bárbaros, y le piden dinero. Marcela les responde que lo ha dado todo á los pobres, no quedándose más que con la ropa puesta encima. Empiezan á golpearla atrozmente. Ella, sin perder su tranquilidad, pide á los bárbaros una sola gracia, y es que no la arranquen del lado de Principio, expuesta por su juventud y su hermosura á ultrajes más terribles que la muerte misma. La actitud de la ilustre matrona les impone, y la conducen á un lugar donde sea respetada.

En otra casa, un soldado se apodera de una jóven cristiana, notable por sus atractivos personales. No pudiendo el bárbaro satisfacer en ella sus torpes instintos, saca su espada en actitud de asesinarla. La jóven inclina su cabeza contenta con sacrificar su vida poniendo á salvo su castidad conyugal. El soldado, sorprendido de tal heroismo, conduce á la cristiana al Asilo de San Pedro, recomendando á los guardias que no la entreguen sino á su esposo.

(1) Carta CXI.

Las islas del Mediterráneo, el África, el Egipto vieron llegar multitud de romanos de todas las edades, sexos y condiciones en busca de un asilo y de un pedazo de pan que no podía ofrecerles su capital devastada. San Jerónimo mismo recogía una multitud de fugitivos en su monasterio de Bethleem, que vino á ser como el puerto de legiones de náufragos que arrojaba allí en la grande hora de la tormenta la capital del universo.

V.

La lucha doctrinal personificada en Pelagio y san Agustin.

Si en el siglo IV la lucha doctrinal estuvo principalmente sintetizada en Ario y san Atanasio, en el primer tercio del siglo V la vemos sintetizada en Pelagio y san Agustin.

Hay entre el arianismo y el pelagianismo una conexion innegable; el primero es la negacion de la divinidad de CRISTO, el segundo es la negacion de su obra. Ambos errores tendían á romper el lazo del hombre con Dios, y en este concepto el Cristianismo dejaba de ser una religion para no ser más que una filosofia. Ario, negando la divinidad de CRISTO, negaba las relaciones de CRISTO con Dios; Pelagio, negando la gracia, el pecado original, en una palabra, la Redencion, negaba las relaciones del hombre con CRISTO. Los dos errores tendían á aniquilar la idea de lo sobrenatural influyendo en el hombre; de manera que estos dos sistemas, más que como una secta cristiana, debiéramos considerarlos como un deísmo sùtil pero inconsecuente, que, si bien parece respetar la idea de Dios y hasta pronuncia su sagrado nombre, no obstante, la razon divina, la soberanía de Dios desaparecen ante las locas pretensiones de la soberbia humana.

El Cristianismo presenta el pecado como la oposicion á Dios; pero al propio tiempo nos enseña que CRISTO vino á remediar los males de esta oposicion por medio de la obra de la Redencion.

Los maniqueos habían dicho: La Redencion por medio del CRISTO es imposible; los pelagianos dicen: la Redencion por medio del CRISTO es inútil. Es el encadenamiento natural y lógico del error.

Ocupándose del error pelagiano, exclama san Jerónimo: «¿Puede haber temeridad más grande que arrogarse, no ya una semejanza, sino una igualdad con Dios, y sintetizar en breves frases el veneno de todas las herejias que emanan del manantial de los filósofos, especialmente de Pitágoras y de Zenon, príncipe de los estóicos (1)?»

La divinidad que los arianos negaban á CRISTO, los pelagianos la conceden al hombre, dice el mismo Santo (2).

Es la grande ilusion de la filosofia el creer que, establecida la existencia del Sér absoluto, debe absorber la individualidad humana; ó que establecida la entidad individual del hombre, se fija un límite al Sér absoluto; de aquí el maniqueismo de una parte y el pelagianismo de otra; de aquí esa serie de sistemas que, afirmando la soberanía de Dios, niegan la libertad del hombre, ó afirmando la libertad del hombre niegan la soberanía de Dios.

El jefe de la secta á que nos referimos se llamaba Pelagio ó Morgan (ribera del mar).

Pelagio nació en Bretaña, ó quizas en Irlanda, de una familia oscura. Era un tipo septentrional, alto, grueso, de formas atléticas.

Se distinguía más por la sutileza de su ingenio que por la profundidad de su inteligencia;

(1) *Quæ enim potest alia major esse temeritas quam Dei sibi, non dicam similitudinem, sed æqualitatem vindicare, et brevi sententia omnia hæreticorum venena complecti, quæ de philosophorum et maxime Pythagoræ et Zenonis principis stoicorum fonte manarunt?* (Opp. t. I).

(2) *Ariani Dei Filio non concedunt quod tu (Pelagie) omni homini tribuis.*

estaba, no obstante, dotado de palabra, no sólo fácil, sino hasta elocuente, y conocía muy bien la lengua griega y latina.

Carácter ardiente, espíritu impetuoso, era de estos hombres que en sus cosas llegan siempre hasta el último límite de la exageración.

Pelagio no se contentó con ser cristiano, sino que practicó todas las severidades de la vida eremítica, desprendiéndose de toda clase de bienes terrenos.

Era de aquellos que no les basta ver las cosas á su manera, sino que tienen por sospechosos á todos los que no participan de su opinion; él no concebía la virtud sino en la cumbre de la montaña de la santidad; para él todo cristiano que no se sentía con fuerzas para llegar á las más elevadas alturas de la vida religiosa era un mal cristiano.

Se le objetó que para escalar las eminencias de la perfección hay de por medio la debilidad humana. Pelagio, con su carácter impetuoso, se sublevó contra semejante respuesta.

Había leído los santos Padres, fijando principalmente su atención en sus calurosas defensas de la libertad humana. Aquellos hombres eminentes tenían que impugnar las preocupaciones de una época en que el fatalismo estaba en la filosofía, en las instituciones, en las costumbres; en que las creencias idolátricas, á medida que iban desapareciendo, dejaban como heredera una divinidad, la Fortuna, en que lo más popular del culto consistía en juegos cabalísticos, en que el dogma pagano partía de un destino inevitable, en que la ciencia misma aceptaba un encadenamiento eterno é inmutable de causas del que provenían, no sólo los fenómenos de la naturaleza, sino hasta las determinaciones de la voluntad del hombre, y en que la imagen de la Fortuna figuraba en todos los estandartes militares, como si la fatalidad, personificada en aquella diosa, fuese lo que fijaba la suerte de las ejércitos y de las naciones.

Nada tiene de particular que en esta lucha contra el fatalismo los escritores cristianos de los cuatro primeros siglos levantaran muy alta la bandera de la libertad humana, y que hablasen poco de la Gracia divina que hasta entonces no se combatía.

Pelagio, pues, buscó en la santa Escritura todo cuanto creía él ser excitaciones á los creyentes para que se encumbraran en las eminencias de la más alta perfección, sacó á relucir todos los pasajes en que los santos Padres defendían la libertad del hombre contra los errores del viejo fatalismo, y reprochó severamente á aquellos á quienes acusaba de subir demasiado lentamente la montaña de la santidad, á cuya cumbre, decía él, el hombre puede llegar por sus fuerzas personales.

Pelagio había oído citar por un obispo estas palabras de san Agustín que se leen en el libro de sus *Confesiones*: «Señor, danos lo que mandas y manda lo que quieras (1).» El monje breton se irritó contra esta aserción que creyó depresiva de la libertad del hombre, y ante una numerosa asamblea se levanta para combatirla.

Era echar el guante al obispo de Hipona, quien lo recoge desde luego, constituyéndose en celoso defensor de la doctrina cristiana de la Gracia divina. Á ella se lo debía todo como cristiano; á ella creyó deber consagrar su actividad y su talento.

No es extraño ver á algunos de los anacoretas de aquel tiempo enamorados de las doctrinas de los estóicos, que consideraban como el esfuerzo supremo de la ciencia humana. Leemos que san Nilo, por ejemplo, ponía el manual de Epicteto en manos de los cenobitas que se ponían bajo su dirección.

Aquellos estóicos, orgullosos de la severidad de sus enseñanzas, persuadidos de que con el esfuerzo de su virtud habían volado hasta el Olimpo, colocándose más altos que la divinidad, tenían la soberbia de creerse, no sólo tanto como Dios, sino más que Dios.

«¿Qué diferencia hay entre el sabio y Júpiter? escribe Séneca. La única ventaja que éste tiene es que viene siendo bueno desde más larga fecha; y sin embargo, la virtud no es más grande porque ella dure más. Júpiter no puede más de lo que puede el hombre de bien. El sabio desprecia los bienes terrenos lo mismo que Júpiter, y aquél tiene sobre éste la ventaja

(1) *Domine, da nobis quod jubes, et jube quod vis.*

de que Júpiter se abstiene de los placeres porque no puede hacer uso de ellos, y el sabio porque no quiere (1).»

¿Palabras de esta clase llegaron á fascinar al monje Pelagio en sus largas horas de meditacion, dotado como estaba de una imaginacion ardiente?

Pelagio, negando la culpa original, empieza por negar la base de la doctrina de la Gracia.

Una criatura que no existe, dice, no puede ser cómplice de una mala accion: castigarla como culpable de esta accion es una injusticia. El niño que nace seis mil años despues de Adan, ni puede haber consentido en su pecado, ni reclamar contra su prevaricacion. No se elude la fuerza del argumento, continúa, diciendo que el pecado original se transmite á la posteridad de Adan: nosotros de nuestros padres no recibimos sino el cuerpo, y el cuerpo no es susceptible de pecado; donde éste reside es en el alma, que sale pura é inocente de las manos de Dios. Y cuando fuese cierto que el alma contrajese mancha por su union con el cuerpo que recibimos de nuestros padres, siempre resultaría que esta mancha no sería un pecado, pues tanto la corrupcion del cuerpo como su union con el alma son cosas independientes de la voluntad del infante (2).

En su sistema, el pecado de nuestros primeros padres únicamente á ellos dañó; si perjuicio causa á sus descendientes, no es como falta hereditaria, sino como mal ejemplo; si se da el bautismo á los niños, continúa el heresiarca, no es para borrar una mancha original, sino para imprimirles el sello de la adopcion. Los infantes al nacer se hallan en el mismo estado en que se hallaba Adan ántes de la prevaricacion, y pueden salvarse sin el bautismo; y ni la humanidad murió en Adan, ni tampoco resucita en CRISTO.

Deducía luégo Pelagio que es injusto achacar á la corrupcion de la naturaleza nuestros pecados ó nuestras imperfecciones, que no son sino resultado de los hábitos malos que nosotros contraemos. Cuando Dios nos ordena la perfeccion, prosigue, es porque podemos consumarla por nuestro esfuerzo personal; de lo contrario, ó Dios no conocía la naturaleza humana, ó le dió una ley que el hombre no puede observar, en cuyo concepto debiéramos decir que esta ley la dió, no para tener almas que gozaran de su gloria, sino para tener culpables á quienes castigar (3). Si el hombre tiene necesidad de recursos que no vienen de él mismo, entónces está sujeto á una ley de fatalidad; la libertad desaparece. Continuando la naturaleza intacta lo mismo que ántes del pecado original, el hombre puede elevarse hasta Dios por sus solas fuerzas, y por lo tanto, ó la Gracia no existe, ó es inútil. El hombre por sí solo puede conservarse sin pecado, y de hecho hasta ántes de la venida de CRISTO llegó á haber hombres sin pecado; la ley de Moises conducía al reino de los cielos lo misma que el Evangelio.

Se le recordó que en las Escrituras, especialmente en san Pablo, se consigna la necesidad de la Gracia para la salvacion. Entónces él distinguió en la práctica de la justicia tres cosas:

La posibilidad por la cual el hombre puede ser justo;

La voluntad por la cual el hombre quiere ser justo;

La accion por la cual el hombre es justo.

Los dos últimos elementos Pelagio los atribuye únicamente al hombre, si bien concede que el primero viene de Dios, creyendo así conciliar su error con las enseñanzas bíblicas. Pelagio, negando la Gracia, convenía en conservar su nombre diciendo que este don gratuito no es otro que el libre albedrío que Dios nos otorga sin debérselo, y que en último resultado podían venir comprendidos con el nombre de Gracia los dones naturales, como la vida y la inteligencia, pues todo lo recibimos gratuitamente de Dios.

Se le objetó que JESUCRISTO había venido á traernos una Gracia más abundante; á lo que contestó que la Gracia evangélica consistía tan sólo en la Revelacion y en los buenos ejemplos del Mesías; y al fin, asediado por la gravedad de los argumentos teológicos con que se

(1) *Epist. ad Lucilium.*

(2) *Pelag. apud Aug., de Nat. et Gratia.*

(3) *Pelag. ep. ad Demetriad.*

el impugnaba, se limitó á reconocer una gracia interior de iluminacion en el entendimiento que hacia más fácil la operacion de la voluntad.

Para propagar su error, Pelagio encontró un auxiliar poderosísimo; éste fué la soberbia humana que tanto favorecía una herejía encaminada al endiosamiento del hombre.

Sofista hábil como era Pelagio, logró hacerse en Roma muchos secuaces, siendo el más célebre de todos ellos Celestio, quien había ejercido con éxito la abogacía, y que aún cuando no tuviese el talento de Pelagio, le aventajaba en audacia.

Conforme hemos indicado ántes, el pelagianismo tendía á aniquilar el Cristianismo. Una de las bases de la Religion cristiana es la unidad, la solidaridad. El género humano, constituye un cuerpo que prevaricó en Adán, que se redimió en JESUCRISTO; al negar el pecado original, Pelagio destruía esta base de solidaridad y de unidad, y con ella los principios de fraternidad cristiana. El Cristianismo es la Redencion; sin caída la Redencion pasaba á ser inútil; sin oracion el Cristianismo práctico no se concibe, y suprimida la necesidad de la Gracia, la oracion queda sin objeto. Es verdad que el hombre se descarga de esta humillacion voluntaria; pero en cambio la base religiosa se hunde y el hombre pasa á ser un desesperado que, al sentirse débil, no puede acudir á Dios, á quien debe reconocer como Suprema fuerza.

Nadie mejor que Agustin para combatir á Pelagio.

Agustin había conocido de una manera experimental lo que era la debilidad del hombre y la gracia de Dios.

El error de Pelagio no dejaba de ser especioso; se presentaba con cierto aparato de lógica que seducía. Agustin era el hombre más á propósito para confundir el sofisma con su admirable profundidad y sus vastísimos conocimientos. Observador consumado, nadie como él había penetrado en el interior del hombre y descubierto allí sus naturales flaquezas; nadie conocía mejor que él los auxilios sobrenaturales que el hombre puede esperar de Dios cuando se echa confiadamente en sus brazos.

Al principio vaciló en luchar contra Pelagio, las austeridades de cuya vida le llenaban de admiracion y á quien llamaba: *Aquel varon tan eminentemente cristiano* (1). Y cuando juzga de su deber combatirle, Agustin no acude jamas á personalidades; hasta rehusa nombrar á su adversario, manifestando así que ni al tratarse de controversias tan vivas como era aquella, él no olvidaba nunca el *in omnibus charitas*.

Él combatirá la herejía pelagiana durante toda su vida; la muerte le encontrará entre los horrores del sitio de Hipona, refutando el pelagianismo y conquistándose con tanta gloria el título de *Doctor de la Gracia*, pero jamas dejará de practicar aquella excelente regla de conducta: *Diligite homines; interficite errores*.

«Debierais tener en cuenta, hermano mío, que sois cristiano, escribe el famoso doctor. No pretendamos que el pecado no pueda viciar la naturaleza humana; y sabiendo por las divinas Escrituras que la naturaleza es corrompida, cúmplenos examinar de qué manera lo es.»

Si Pelagio alega que el pecado, no siendo una sustancia, no puede afectar á la naturaleza humana, Agustin le responde: «El pecado no es una sustancia, lo concedemos; pero tampoco el abstenernos de comer es una sustancia, y sin embargo, esta abstencion puede conducir al cuerpo á una languidez tal, que si este estado se prolonga, no podrá despues soportar los alimentos cuya privacion afecta profundamente á nuestra naturaleza. Del mismo modo el pecado no es una sustancia; pero en cambio Dios es la sustancia soberana, el solo alimento verdaderamente digno del alma racional. Al retirarse de Él por desobediencia, al rehusar por debilidad beber la vida en su manantial, el hombre viene á caer enfermo, y entónces ois al Profeta exclamar: «Mi corazon ha sido herido y se ha secado como la paja porque yo olvidé «comer mi pan.»

Así se alteró la naturaleza humana separándose de Dios, y cuantos participan de la humanidad, participan por este hecho de la alteracion original. Por esta alteracion el hombre se

(1) *Vir ille tam egregiè christianus.*

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro. — Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse. — En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más. — Van publicadas 98 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc. — Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega. — A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre hoj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta. — Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA. — LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

GALERÍA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced; D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado aytetician poseerla. — La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villambrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.